

huéspedes á un laboratorio lleno de alambíques, retortas, libros empolvados y otros utensilios por demás extraños.

—Sentaos, señor caballero—dijo;—colocad los codos en este velador, y sujetad la cabeza entre las manos; mirad en ese espejo, y pensad en vuestro abuelo con toda la potencia de vuestra memoria y voluntad. Entretanto, yo soñaré con el muerto, y la unión de vuestras dos voluntades bastará para evocarle.

De Vimes hizo puntualmente lo que le aconsejaba el barón. Hacía cinco minutos que miraba al espejo mágico, cuando se levantó pálido y tembloroso.

—¡No puedo ir más lejos!—dijo.—Sea ilusión, sea efecto de vuestra ciencia, lo cierto es que empezaba á ver ya la imagen de mi abuelo vestido de uniforme, y no tengo valor para ponerme ante una aparición. Prefiero creerlos por vuestra palabra.

—Si os dejáis persuadir tan fácilmente, vuestras dudas renacerán mañana. Ahora vos, señor Capello: dadme vuestra mano para que estudie sus líneas. Parece ser que habéis tenido muchas aventuras; pero aún tendréis más, y os advierto que moriréis joven y de muerte violenta.

—¿Estáis seguro de eso?—preguntó Juan.

—Pocas veces me equivoco; pero, si lo creéis conveniente, consultaremos el porvenir de otro modo.

El barón llenó un vaso de agua, y después de pronunciar ciertas fórmulas cabalísticas indicó á Juan que introdujera en el agua la punta de su espada. Dos minutos después, el agua enrojeció.

—Ya lo veis; la señal es clara—dijo el barón.—Anuncia una muerte prematura.

El mágico hizo varios experimentos después de los anteriores, que el caballero admiró mucho, en tanto que

Juan permanecía silencioso. En el momento en que se despedían dijo al nigromántico:

—Señor barón, ¿queréis hacerme el honor de venir á cenar mañana conmigo? Os diré, si lo deseáis, de qué muerte habéis de morir vos, sin necesidad de operaciones cabalísticas, haciéndoos ver cosas que no sabe todo el mundo. No pretendo rebajar el mérito de vuestra ciencia, ni desprecio el valor de las maravillas que nos habéis hecho ver; pero dispensadme si os digo que no hallo en eso nada sobrenatural. Es sencillamente Física aplicada. Mi amigo ha visto á su abuelo simplemente en su imaginación; el vaso donde introduje mi espada tenía en su fondo cierta materia que, desleída al apoyar en ella mi espada, coloreó el agua; y así todo lo demás. No os ofendáis de que os hable con sinceridad: el Cielo y el Infierno desprecian igualmente la gazmoñería. Lo sobrenatural no existe en los libros viejos. Venid mañana á mi casa, y os enseñaré dónde puede hallarse.

## XVI

Juan Capello y su amigo de Vimes entraban en París por el barrio de San Germán.

—¿Qué tenéis, caballero?—dijo Juan.—Tenéis tanto frío como si estuviéramos en Diciembre.

—Os confieso que ese barón, con sus sortilegios, falsos ó verdaderos, me ha trastornado la imaginación. Comprendo que es un temor ridículo; pero no puedo dominarlo. Añadid á eso el dolor que me causa tener

que partir mañana para Beauvais, y comprenderéis que no puedo estar satisfecho.

—Las evocaciones del barón son sólo juegos de finanos. En cuanto á vuestro pesar por salir de París, hay medio de disiparlo. Permaneced aquí un momento. Contemplad esta inmensa ciudad, este laberinto de calles, este hormigueo de habitantes. ¡Qué de intereses pequeños; qué de pasiones, de temores, de esperanzas en todas las almas! ¿Tendréis valor de abandonarlo todo?

—Veo mujeres de mala vida, gentes que se mueven inútilmente, marquesas tronadas, griletas mentirosas; ¡miseria, cobardía y vileza por todas partes!

—Vuestra melancolía es mayor de lo que yo creí—repuso Capello.—Terminemos con ella. Voy á daros un prisma de color de rosa. Dignaos aceptar estos cien luises: me los devolveréis después de vuestro casamiento. Ponéelos en el bolsillo, y decidme á qué obedece esa inmensa tristeza.

—Creo que voy estando menos triste—dijo de Vimes.

—Yo estoy seguro. ¿Vendréis, pues, mañana á la cena que daré á nuestro mágico alemán?

—¡Sí, sí; no faltaré! ¿Empleáis la magia blanca?

—Con mejor éxito que el barón; pero no os asustaréis de nada.

—Si no temiera ser indiscreto, llevaría tres jóvenes hidalgos compañeros míos tan incrédulos como yo.

—Llevadlos; os lo suplico.

Al día siguiente, á las diez de la noche, un movimiento extraordinario animaba el hotel de Juan Capello, situado en la puerta de Saint-Honoré. Llegó el barón Numa en su coche, y minutos después se presentó el señor de Vimes con sus tres amigos, jóvenes guapos y elegantes, libertinos y ateos además, que arru-

naban á su familia con sus disipaciones. Bebedores ilustres, no creían en Dios ni en el Diablo, siendo tan cínicos, que no podía creerse su palabra.

Juan, acostumbrado á la hospitalidad vejeciana, acogió á sus huéspedes con suma cortesía, sin caer en la familiaridad; y apenas si se había roto el hielo, cuando un criado anunció que el señor estaba servido.

La mesa era regia; la vajilla y todo el servicio, tan magnífico, que excitó la animación de los convidados. La cena fué espléndida; los platos, franceses y delicadamente condimentados. Seis lacayos exactamente iguales, vestidos con librea roja, servían á la mesa con increíble presteza, sin que se sintiera el menor ruido de pasos ni de vajilla. Numa los contemplaba admirado.

—Vuestros lacayos son muy especiales—dijo;—parecen muñecos.

—Todos son hijos de la misma madre.

—Nunca he visto criados tan bien vestidos. ¿Querriais cederme dos?

—No querrán separarse de mí por nada del mundo.

Terminada la cena se sirvieron vinos de todas clases, y la conversación empezó á animarse. Entouces los lacayos, dejando un portalicores con tres filas de botellas y vasos delante de cada convidado, se retiraron. Dos horas después todos estaban completamente ebrios, y cada uno manifestó su embriaguez en diversa forma. El barón perdió su flema germánica, y empezó á exaltarse.

—Querido Capello—dijo á Juan,—me debéis una lección de magia sin fórmulas cabalísticas ni enigmas.

—Y os la daré tan completa, que os será muy provechosa—repuso Juan.

—Yo creo que estamos embrujados, porque á todos os veo dobles—dijo de Vimes.—¡Es prodigioso!

—¡Venga un prodigio!—gritaron dos de los amigos del caballero, Remont y La Noue.

—¿Sabéis hacer alguno, señor Capello?

—Por complaceros, no hallaré nada imposible.

—¿Podréis convertir el agua en vino?—preguntó Remont.

—¡Que prodigio más hermoso!—exclamó La Noue.—¡Si el Sena se convirtiera en champagne, consentiría en ahogarme en él antes que en dejar de servir al señor Capello!

—Dadme esa garrafa, señor barón—dijo Juan.—¿Qué vino queréis beber?—preguntó.

—Jerez.

—Acercad los vasos, y bebed.

Juan sirvió cinco vasos, y todos bebieron, reconociendo que era Jerez.

Pidieron diversos vinos, y la garrafa dió de todos los pedidos.

—¡Quiero sangre!—exclamó Remont.

Un líquido espeso y humeante salió de la garrafa.

—¡Fuego ahora!—añadió el barón.

Varias chispas salieron de la boca de la garrafa, como si se tratara de una rueda pirotécnica.

—¡Basta!—gritaron todos los convidados á la vez.

Una vez extinguido el fuego, volvieron á examinar la garrafa, y la hallaron llena de agua. Todos se miraron, sorprendidos ante aquel experimento; y entre los aplausos y la embriaguez, cinco minutos después ninguno podía decir con exactitud lo que había visto.

—¡Qué buen juego de manos ha sido ése!—dijo uno.

—¡Es más que maravilloso!—añadió de Vimes.—

Debéis de tener la manga quemada, querido Juan; á menos que el petardo os haya quemado las manos.

—Ni siquiera ha ensuciado mis puños—repuso el anfitrión.

—Si lo hubiera pensado, hubiera pedido ver una ballena ó un elefante—dijo La Noue.—veríamos si podríais sacarlo de la garrafa.

—Con la misma facilidad—repuso Juan henchido de vanidad.—¿Por qué no habéis pedido luises, diamantes ó rubíes? Habría tenido gusto en servirlos. Por lo demás, os pondré entre tigres y leones, si así lo deseáis, señor de La Noue. Sabed que, si se me antoja, puedo destruir á París, y reconstruirlo antes que amanezca. ¡Ganas me dan de hacer estallar esta casa como una granada!

—Eso sería contrario á los deberes de la hospitalidad—dijo de Vimes.—Bebamos y no divaguemos.

—Tenéis un hermoso privilegio; pero os falta método, señor Capello—dijo el barón.—Formemos una sociedad, y yo os prestaré el auxilio de mi ciencia.

—Vuestra ciencia es una ilusión. Nada hay más difícil que las contorsiones necesarias para evocar personas que jamás aparecen clara y tangiblemente, y que sólo sirven para asustar á los que pretenden verlas. Voy á llamar á Caracalla y á Septimio Severo, y ellos mismos dirán que no os conocen.

—Querido Capello, eso sería quebrantar las reglas de la cortesía—dijo de Vimes.

—Pues bien; decid vosotros con quién queréis hablar aquí ahora mismo. Sabed que toda persona muerta ó dormida despierta á mi voz, y viene.

—¿En carne y hueso?—preguntó Remont.

—Si tuvierais la menor noción de las cosas sobrenaturales—repuso Juan,—sabríais que las apariciones no tienen cuerpo.

—No os enfadéis. No queremos ver emperadores ro-

nanos; preferimos muchachas bonitas—añadió Remont.

—Capello—gritó de Vimes,—evocad las imágenes de nuestras amadas, y mereceréis el título de anfitrión sin reproche y de hechicero honrado. Pero bebamos antes.

—¡Bebamos!—repuso Juan.—Y como deseáis realmente tener aquí á vuestras amadas, juro por Dios y por el Diablo que las veréis.

—Apenas bebamos—dijo Vaqueville, el tercer amigo de de Vimes, más prudente que los otros dos,—suplico que llaméis á mi adorada. Si viene, os tendré por un verdadero brujo.

—Pues vendrá, aun cuando estuviera en las entrañas de la Tierra.

—¡Y la mía!—dijo La Noue.

—¡Y la mía!—añadieron los demás.

—¡Que me quemen vivo si no beben con nosotros!

—Este es el momento de evocar á las damas—dijo de Vimes.

Los convidados se levantaron vacilando, y se recostaron sobre algunos divanes que estaban en el fondo del comedor. Juan permaneció solo en la mesa, y llamó á Potamogeiton. Entró el turco, cambió algunas palabras con Juan en dialecto veneciano, y volvió á salir. Un minuto después entró de nuevo, y con acento de candorosa inocencia dijo:

—*Paron ghé xe la signora ch' ella ga domanda.*

—¡La adorada de Vimes—dijo Juan,—que entre!

El turco abrió la puerta, y entró una joven muy linda y algo pálida. Su nariz remangada, sus grandes ojos negros, y sus burlones labios, eran finos y delicados; pero una languidez extraordinaria apagaba su gracia natural y el fuego de sus ojos. Andaba con lentitud,

formando sus movimientos vivo contraste con la juventud y frescura de su persona.

—Sentaos, señorita; el caballero de Vimes va á beber con vos.

La aparición se sentó, en efecto; puso una mano sobre la mesa, y permaneció inmóvil.

—¡Por amor de Dios!—gritó Remont.—¡Que no venga mi querida! Es muy hermosa; hace poco que se ha casado, y una indiscreción podría perderla.

—Es tarde ya para ese aviso—repuso Juan.—¡Potamogeiton, que entre esa señora!

—*Ghe xe la contessina domandá*—dijo el turco.

Se abrió la puerta, y entró una vieja muy gruesa, con las facciones irregulares, medio dormida aún.

—¡El espectáculo continúa!—dijo Vaqueville.

—Es, en efecto, la condesa á quién Remont dice hacer la corte, y que ha pagado todas sus deudas hace poco—añadió La Noue.

—Sentaos, señora—dijo Juan;—nuestro amigo os dará un vaso de jerez.

La vieja se sentó, quedando inmóvil.

—¡Potamogeiton, venga la amada de La Noue!

—*Ghe xe una cameriera*—dijo el turco.

Una doncella pizpireta entró en el comedor.—Sentaos á la mesa, señorita—dijo Juan.

—En amor no hay clases; las más bellas son princesas; venga la querida de Vaqueville, Potamogeiton!

—*Paron, non la go trova.*

—¿No la encuentra? ¿Sacamos en conclusión que no amáis á nadie, Vaqueville?

Este, ebrio á más no poder, contestó con un gruñido.

—¡La del barón Numa!

—*Non esiste minga.*

—¿No existe? Venga, pues, la mía.

—*Ecco la*—repuso el turco abriendo la puerta; y Juan vió entrar á la hermosa lavandera de Zara.

—Acórcate, fiel Antonia—le dijo.—;Vamos, señores; bebamos con nuestras adoradas! El barón y Vaquerville beberán juntos para consolarse.

Pero de Vimes, Remont y La Nove parecían petrificados: los dos primeros, de espanto; el tercero, á causa de su embriaguez

—Tendré que beber yo solo con estas señoras—dijo Juan:—y los cuatro á un tiempo levantaron sus vasos, y bebieron sin derramar una gota.

—;Por compasión—exclamó de Vimes;—cese esta broma espantosa, y despedid á esa compañía fúnebre!

—Podéis retiraros, señoras—dijo Juan.

Las personas evocadas salieron en procesión, y el turco cerró la puerta. Un cuarto de hora después todos los comensales, éxcepto Juan y el barón Numa, dormían profundamente.

## XVII

El vino, que privaba á cuatro convidados de todo sentimiento, dejó tan poca razón á los otros dos, que su estado se parecía mucho al delirio.

—Acercaos, señor barón—dijo Juan.

—;Imposible! No puedo mover un dedo; pero os es mucho, y estoy en la conversación.

—Pues, ya que me abandonáis, llamaré á mis criados para no beber solo—repuso Juan.—;Hola, Potamogelton! Ven acá, siéntate enfrente de mí, y bebamos

juntos como un par de amigos. Si eres buen diablo, sostendrás la conversación, y no me reiré si te achispas. ;Brindo por tus proyectos infernales!

El turco entró, sentándose á la mesa después de decir al barón que le dispensara la libertad que se tomaba.

—Vuestra excelencia me honra demasiado dignándose brindar por los proyectos de un pobre diablo.

—Cuéntame alguna diablura mientras acaricias esa botella—dijo Juan.

—Vuestra excelencia sabrá que maese Julio Alberoni se dispone á hacerme traición, como si yo fuera un simple monarca. Su pacto expira dentro de un año; y como tiene preparado el rescate, cree escapar de mis manos con su birrete de cardenal.

—;Traidor!—exclamó Juan.—No olvido que quiso asesinarme, y espero que le prepararás alguna trampa en la cual pueda romperse la crisma.

—Tengo ya preparado el lazo. El año que viene, ese ministro omnipotente que remueve al mundo entero, huirá de España como un ratero vulgar, buscando su salvación en el palacio del Papa, que le reserva una habitación en su castillo de Sant Angelo. Mientras espera, cree trabajar para su gloria, siendo así que sirve á mis intereses.

—Cuéntame sus designios, á fin de que yo vea si debo cuidarme de ellos y ponerle obstáculos.

—La política no os conviene, excelencia: sois demasiado noble, demasiado bueno.

—;Sí; soy el mejor y el más generoso de los hombres!—exclamó Juan exaltado.

—Y el más modesto—dijo Potamogelton.—Dejad que maese Julio desempeñe su papel de perturbador.

—;Nada de contradicciones!—repuso Juan.—;Te ordeno que hables! ;Cuáles son los designios de Julio?

—Pues bien, excelencia; Julio acaba de formar una alianza, desconocida hasta ahora en el mundo cristiano, entre España, Moscovia, Suecia y la Puerta Otomana. Es una trama digna de mí; pero ha sido urdida por él sólo. Ha sabido armar al turco contra Alemania, al czar y al rey de Suecia, contra Inglaterra: va á restablecer á los Estuardos en su trono, y á arrebatár al duque de Orleans la regencia de Francia.

—¡No sufriré que toquen á mi patria! ¡Voto al Diablo!—exclamó Juan.—¡Habla pronto! ¿Cuándo debe estallar esa conspiración?

—Mañana, precisamente.

—¡Mil diablos! ¡Pues hay que poner impedimento!

—Nada más fácil. En la calle de Santa Ana vive una cortesana que sabe el secreto. He ahí á Remont: haced que vaya á casa de esa mujer y mañana el regente lo sabrá todo.

—¡Pronto! ¡Mis lacayos rojos, mis sepultureros, mis postillones, mis criados todos! ¡corred; acudid!

Una porción de criados entraron sonriendo.

—¡Tomad á ese hombre, y llevadle á casa de Flaminia la intrigante!—dijo Potamogeiton.—Cuando esté allí, dadle tres gotas de este licor en un vaso de agua.

Los criados salieron, llevándose á Remont.

—¡Ah, maese Julio; yo te enseñaré á echar al río á los amigos! ¿Quieres clavar tus uñas en mi país? ¡Pues yo te las cortaré de raíz! ¡Miserable! ¡Cardenal, y armar á los otomanos contra los cristianos! ¡No hay amigos entre los hombres! Tú eres un compañero valiente, Potamogeiton. Olvida mi superioridad, y, ya que no tengo á nadie, bebe conmigo.

—Me colmáis de honores, señor—repuso el turco;—pero nada os impide beber en compañía más digna de vos. Evocad al elegante Alcibiades, al magnífico Lúculo,

á Creso el rico, á Antonio, el mayor libertino de la antigüedad...

—Prefiero á su amada, la encantadora Cleopatra:

—¿Os complacería beber en compañía de mujeres hermosas? Voy á enseñaros una maravilla.

Potamogeiton pronunció algunas palabras en tono gutural y en un idioma desconocido.

—¡Ya viene!—añadió.

—¿Quién?

—Tamar la fenicia: nuera de Judá, hija de Jacob. Se abrió la puerta, y una mujer de prodigiosa hermosura entró, y fué á sentarse enfrente de Juan.

—Soy yo quien te ha evocado, bella Tamar. Si el señor Capello no te encuentra á su gusto, es preciso que te retires. Vuelve al sepulcro.

La aparición se levantó, y se dirigió á la puerta; miró á Juan sonriendo, y salió de la estancia.

—¡Nunca he visto hermosura semejante!—dijo Juan.

—¡Pronto, Potamogeiton; haz que vuelva!

—¡Un momento, excelencia! No os inflaméis de amor por una mujer muerta. Tamar la fenicia tiene una imagen perfecta entre los vivos. Hay una campesina que vive en una pobre cabaña en Batz, á la orilla del mar. La conoceréis apenas lo deseéis, y entonces no veréis un fantasma ni un cadáver, sino la mujer mejor formada y más hermosa del mundo, y tan semejante á Tamar, que no hallaréis diferencia entre ambas. Os la doy como bocado de rey.

—¡Partamos al momento!—exclamó Juan.

—Una palabra aún, señor. Hace un momento decíais sencilla y candorosamente: "Soy el mejor y el más generoso de los hombres".

—Es indudable; no lo niego. ¡Yo soy así!

—Pensad, pues, señor, que no sería generoso abusar

de vuestro poder para hacer daño á una joven hermosa. Renata (que así se llama tan encantadora bretona) es una mujer piadosa, tiene diez y ocho años, y la Naturaleza la ha dotado de un corazón tierno y una imaginación inflamable. Seréis de su gusto—es, soy seguro,—y se enamorará de vos á primera vista; sería, pues, indigno recurrir á subterfugios diabólicos, cuando vuestro aspecto, vuestras riquezas y vuestro semblante bastan para deslumbrar á una campesina.

—Tienes razón—dijo Juan.—Quiero gustarla, seducirla, fascinarla inmediatamente, con una palabra, con un gesto, con una mirada. Iré, veré y venceré.

—El último consejo, excelencia. Estando en mi interés que seduzcáis á esa joven, no os oculto que cumpliré todos vuestros deseos, por secretos que sean, y que, por consecuencia, el triunfo os costará poco. Creeréis conseguirlo por vos mismo; pero me lo deberéis á mí.

—Te prohibo que me ayudes en esa empresa.

—No me es posible obedeceros, excelencia, á menos que consintáis en renunciar durante veinticuatro horas á los beneficios de nuestro pacto. Únicamente así quedaréis entregado á vos mismo—dijo Potamogeiton.

—Consiento: lo deseo así; y exijo que se me retiren durante veinticuatro horas toda ventaja sobrenatural y toda protección del Infierno.

—Accedo, puesto que así lo deseáis: haré semejante sacrificio en beneficio vuestro.

—Estamos conformes en que yo solo, sin ningún socorro ni privilegio extraordinario, con mi persona y mi mérito, voy á seducir á la bella bretona ¡Partamos! Dame el sombrero y la espada, y encárgate de conducirme—dijo Juan levantándose.

Potamogeiton cumplió su oficio de ayuda de cámara, y cubriendo á su amo con un manto, en cuya punta

se envolvió él, abrió la ventana, y se lanzó al espacio.

—Sentaos en ese banco de piedra—decía poco después el turco.—Esa pequeña ciudad es Guerande. Va á amanecer, y veréis dentro de un momento, á ese lado del mar, la torre de la iglesia de una aldea que se llama Batz. Allí vive la hermosa Renata; el primer aldeano que pase os enseñará su casa. ¡Adiós, magnánimo señor Capello: ocupaos en vuestros asuntos!

La noche era oscura; una lluvia fina llevada por el viento del mar caía sin hacer ruido. Juan, solo y transido, sintió demasiado tarde haberse metido por fanfarronería en aquella aventura. La brusca transición de una estancia cerrada é iluminada al lugar más frío de Francia, mortificaba sus nervios, y empezó á temblar de pies á cabeza.

—¿Dónde me he metido?—pensaba.—¿Qué necesidad tenía yo de correr tras una persona desconocida? Esperaré á que pasen las veinticuatro horas, y recobraré el poder que hoy me falta. Pero ¿qué haré entretanto en este agujero de Bretaña? ¡No se ve una luz en las ventanas; no hay una puerta abierta!

El silencio de la noche fué interrumpido por una voz que cantaba en dialecto bretón una canción monótona. En los intermedios Juan creyó oír el ruido de un azadón cavando.

—¿Qué será eso? ¿Habrán venido mis sepultureros para hacer aquí, como en Roma, un subterráneo que me conduzca hasta una mujer hermosa?

Juan subió sobre el banco donde estaba sentado, y le pareció ver cruces de madera, tumbas de piedra, y un hombre metido en una fosa hasta la cintura. Aquel paredón rodeaba un cementerio; pero el sepulturero, vestido de aldeano, no se parecía en nada á los diabólicos artesanos que le servían á él.

—¿Para quién trabajas con tanto afán, valiente?— preguntó Juan.

—Trabajo así en beneficio del señor Capello.

—El señor Capello no ha muerto aún—repuso Juan.

—Eso no me importa á mí: obedezco al señor cura.

Empezaba á despuntar el día. Tres sochantres con sobrepelliz y el serpentón de la parroquia pasaron junto al banco donde se hallaba Juan, que, dirigiéndose á ellos, les preguntó á quién iban á enterrar en la fosa.

—Al señor Capello—respondieron los sochantres.

Juan se sintió desfallecer; castañeteaban sus dientes, y no se atrevió á confesarse á sí mismo que era más de miedo que de frío. Envolviéndose en su capa se tendió en el banco y se quedó dormido. Un sueño le representó á la Virgen del Pilar oprimiendo en su seno al niño Jesús. En torno suyo aparecían los fieles salvados por su mediación, repitiendo á una el nombre de Juan Capello, é implorando de la divina Virgen que se apiadara de aquella alma extraviada. Juan comprendió por su silencio que las plegarias de los fieles no eran acogidas favorablemente. De pronto Potamogeton penetró entre los fieles, y soplando los cirios que ardían en mil candelabros, los apagó, gritando:

—¡Don Juan Capello me pertenece á mí!

La Madona exhaló un suspiro compasivo, y el niño Jesús ocultó el rostro en el regazo de su madre; Juan sintió que una mano que tenía garfios en vez de uñas se clavaba en su espalda. Una sacudida violenta le hizo caer hacia atrás, y despertó sobresaltado.

—¡Dios sea loado!—exclamó.—¡Es sólo un sueño! Pero me avisa así que me cuide de mi salvación.

Sonaba la hora de mediodía en los relojes de la ciudad, y Juan, siguiendo la dirección de las murallas, llegó á Guerande, y entró en la plaza de la iglesia.

Un púlpito portátil colocado en el pórtico permitía que los aldeanos sentados al aire libre oyeran el sermón que pronunciaba un joven de fisonomía dulce y excesivamente melancólica. Juan se acercó al púlpito, y dijo á media voz:

—Señor cura, soy el señor Capello, y deseo saber por qué habéis dispuesto mi entierro.

—Porque he soñado anoche que vendrías á morir aquí—repuso el sacerdote.—Mis sueños no me han engañado jamás, y éste se realizará, como los otros: vuestra presencia es la mejor prueba. No dudéis, pues, que vuestra última hora va á sonar. Pensad en la muerte, caballero, y no perdáis tiempo.

### XVIII

La coincidencia entre su sueño y el del cura era suficiente para sorprender á Juan; pero lo que más le impresionó fué el signo de fatalidad que el joven sacerdote tenía impreso en su fisonomía.

—Es un mal presagio—se decía,—y comprendo que se acerca la muerte. Pero ¿cómo prepararme á bien morir? Aún tengo el cerebro ofuscado por los vapores del vino y los excesos del festín. Además, ¿cómo hallar entre estos aldeanos un alma que sirva de rescate á la mía? Mi abdicación voluntaria me priva de todo recurso; mi vanidad, mi imprudencia y mi necedad me dejan sin defensa en manos del enemigo. ¡El Cielo, horrorizado de mi contrición, rechaza mis plegarias!

Presa de la más cruel ansiedad, Juan se paseaba por la plaza, sin poder comprender de qué modo llegaría la muerte para él, aunque comprendiendo que cada minuto le acercaba al término fatal. Al cabo de dos horas su angustia fué intolerable.

—¡Basta de vacilaciones!—se dijo.—¡En vez de aguardar la muerte, vamos en busca suya! Haré una visita á la hermosa Renata, y ¡quién sabe! ¡El Infierno mismo no puede haber pensado en todo!

Guerande está situado á la entrada de una lengua de tierra estrecha que avanza hasta internarse en el mar unas cuatro leguas, terminando en la punta de Croisic en un terreno sembrado de salinas cruzadas por innumerables caminos que conducen al pantano.

Juan se dirigió á las salinas, orientándose por los campanarios, según las instrucciones de Potamogeiton, y caminó por espacio de una hora. El ruido del viento y del agua era espantoso. Y Juan, sin saber qué hacer, perdido en aquellos lugares, preguntó á un aldeano el camino que debía seguir: pero le contestó en un dialecto desconocido para él, y siguió su camino.

Pronto se halló en posición muy crítica. Era noche cerrada; los aldeanos se retiraban, y él, solo y rendido de fatiga, empezó á perder el valor que hasta allí le animara. El ruido de olas que rompían le indicó que estaba muy cerca del mar, y no se atrevió á avanzar por temor á caer en un precipicio; se sentó en una piedra, pensando esperar allí hasta que despuntara el día, y se quedó medio dormido. De pronto creyó sentir ruido de campanas, se levantó, y siguió la dirección del sonido, suponiendo que la aldea estaría allí.

De repente faltó la tierra bajo sus pies, se halló en el vacío, y cayó: lanzando un grito de dolor, se desmayó al sentir una violenta conmoción.

Al amanecer, un salinero que pasaba por las rocas inmediatas á Batz vió en el fondo de un precipicio, á treinta pies de profundidad, la figura de un hombre inmóvil, que pronto sería arrastrado por la marea. Bajó al precipicio, y viendo que el desdichado respiraba aún, se lo echó al hombro, y le llevó á casa del único médico que había en Guerande, el cual, reconociendo que el paciente tenía una luxación en la espina dorsal, de la cual no podía curar, reclamó para él los auxilios de la religión. Juan recobró el conocimiento apenas se halló ante él el joven sacerdote.

—Señor cura—dijo con voz desfallecida,—vuestro ministerio es inútil: aunque vuestras palabras me hagan bien, mi alma no puede salvarse.

—Os equivocáis, caballero; pecadores más grandes que vos han hallado perdón á última hora, cuando su arrepentimiento ha sido sincero. Indudablemente, sois de esas personas que se jactan de no creer en nada; pero la clemencia del Cielo olvida ese delirio impío.

—No soy un pecador ordinario, señor cura. Creo; pero no espero nada, porque todos los delitos pueden ser perdonados, excepto uno, y ése es el que yo he cometido. Acercaos, y recibiréis mi secreto.

El cura, inclinándose sobre el lecho, colocó el oído junto á los labios del moribundo. Al erguirse de nuevo su rostro estaba más pálido que de costumbre.

—¡Ya lo veis!—prosiguió Juan.—Los consuelos no se han hecho para mí; la Iglesia me rechaza, y no puedo molestar al Cielo con mis clamores. Antes que el enemigo se presente á reclamarme os contaré lo que pueda de mi vida, si os dignáis escucharme. La única excusa que puede haber para un delito semejante es que me entregué por rescatar un alma más preciosa que la mía.

Contó lo más sucintamente posible los hechos culminantes de su vida, y después, dirigiéndose particularmente al sacerdote, insistió en que su modesta existencia le aseguraba un fin más feliz que el suyo.

—Mi vida no es tan sencilla como vos imagináis, señor Capello—dijo el sacerdote.—Vos habéis pecado de hecho, en tanto que yo estoy expuesto á pecar de pensamiento, á causa del traje que visto. Tenía un hermano mayor, y, á fin de que él pudiera gozar de todos los bienes, mis padres me dedicaron á la Iglesia. Prometí entregar la hacienda que me correspondía y vivir en celibato, y me dejaron en libertad de escoger otra carrera; pero hallé á la joven más hermosa del mundo, y la amé. Temiendo que aquel amor me hiciera faltar á mis promesas, mi familia buscó el medio de hacerme encerrar en la Bastilla, donde permanecí un año, saliendo sólo bajo promesa de ser sacerdote. Me dieron un buen curato en una gran ciudad, y me resigné, procurando dominar mi pasión con todas las energías de mi alma. Nadie sabe lo que yo he sufrido; pero ofrecí mis sufrimientos al Señor, y he tenido la dicha de hallar la tranquilidad del alma. Por una circunstancia imprevista volví á encontrar á la joven que tanto amé, y perdí en un día el fruto de dos años de oraciones y austeridad. Queriendo verla de nuevo, le escribí una carta, que fué interceptada, y, á fin de castigarme, me enviaron á este pueblo.

—¡Dios clemente!—exclamó Juan.—¡Bien veis que no pretendo seducir á este pobre sacerdote!

En aquel momento se sintieron pasos fuera de la casa, y Potamogeiton apareció en la estancia.

—¿Qué venís á hacer aquí?—preguntó el cura.—¡Déjados solos!

—Me tomáis por otro—dijo el viejo turco con sonrí-

sa burlesca.—Yo soy quien debo deciros que nos dejéis solos, señor sacerdote: tenemos que hablar de cosas que no os interesan. Un cuarto de hora aún, señor Capello, y después partiremos juntos. No he podido venir antes, porque ese maldito Alberoni me ha entretenido. ¡Jamás he visto un hombre más ocupado! De buena gana se lo habría dado al primer diablo que hubiera querido desembarazarme de él. ¿Estáis en disposición de partir para ese viaje pequeño que la vanidad humana llama grande? Ya era tiempo de que nuestra partida de ajedrez terminase; aún queríais regalarme la compañía de ese caballero de Vimes y ese barón mágico, que son míos ya. Yo lo habría agradecido si hubierais sido buen jugador y no hubierais empleado mis propias piezas. Os he dado *jaque mate*, y, como de costumbre, se acaba el juego.

—¡Santa Virgen del Pilar, apiadaos de mí!

—Sí; esa Madona os protege, en efecto; implora por vos: por eso precisamente tengo más prisa.

—Ya comprendo quién sois—exclamó el cura tomando parte en la conversación;—sois ese Potamogeiton de quien este desdichado me hablaba hace un instante.

—¡Los moribundos no saben callar nada!—dijo el turco.—¿A qué viene hablar de lo que á nadie le importa? Por lo demás, también os conozco á vos, señor cura: os tengo en mi lista, y si queréis, os daré una familia cariñosa y todo género de felicidades.

—Tus seducciones no me hacen efecto; menosprecio los bienes de la Tierra, me complazco en sufrir y llorar.

—Admiro vuestra virtud; pero sé que tenéis un corazón noble y generoso, y, por lo tanto, estimo vuestra posesión en un precio muy alto. Ya veis que juego limpio. Vos soportáis vuestros males con sublime constancia; pero la persona á quien amáis...

—¿Qué le ocurre?

—Sufre toda clase de miserias y persecuciones.

—¿Por causa mía?

—Sí. Vuestros padres la han llevado á Bicétre.

—¿Es imposible!

—Venid conmigo á la habitación inmediata y en un espejo os mostraré lo que ocurre en Bicétre.

El cura salió con Potamogeiton; un instante después el turco volvió solo al lado del moribundo.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó Juan.

—El pobre hombre se ha desmayado, y así le entretengo, porque la Madona del Pilar está implorando tu perdón: si ese cura te hubiese dado la absolución, tu alma se me escapaba. Cuando vuelva en sí, querrá acudir en socorro de su amada, y ambos seréis míos.

—¡Santísima Virgen del Pilar!—decía el moribundo.—¡Salvádme, y también á ese pobre sacerdote!

—¡Calla!—gritó el turco.—¡Será tonto este maldito! ¡Implorar por otro cuando él se muere!

—¡Santa Virgen, ruega por ambos!—repetía Juan.

—¡Que no muera!—dijo el turco iracundo.

Se abrió la puerta, y el cura se presentó en la estancia.

—¡Pobre pecador!—dijo.—¡La santa Virgen te ha oído! ¡Pidiendo por mí, has redimido tu alma!

Y el cura, colocando su mano sobre la cabeza del moribundo, añadió: *¡absolvo te!*

—¡Santa María del Pilar, conducidme á los pies del Señor!—murmuró Juan, exhalando su último suspiro.

—¡Maldita sea la raza de Caín!—exclamó Potamogeiton rechinando los dientes.—¡Furor! ¡Muerte! ¡Sacrilegio! ¡Que se hunda este territorio execrable! ¡Las almas están á muy bajo precio, y se me escapan

las que yo quisiera llevarme! ¡Los hombres son hoy día más malos que el Diablo, y concluirán por sobrepujarme en malicia y perversidad! ¡No quiero más tratos con ellos!

Los personajes de esta crónica terminaron todos de manera diversa. Alberoni pagó su rescate al Diablo, y creyó conservar aún su poder; pero fué desterrado y huyó de España, llevándose documentos muy importantes. Erró por las costas de Italia, hasta que, después de grandes peligros, llegó á Roma, y el Papa le encerró en Sant Angelo.

Luisa de Cerdeña volvió á su casa, y riñó tantas veces con su marido, que al fin tuvieron que separarse; el conde se arruinó, y la condesa se retiró á un convento, donde redimió sus errores juveniles.

Antonia la zaratina, cansada de esperar noticias de un amante que no se acordaba de ella, se casó con un oficial veneciano, que murió en el campo de batalla.

Hace tres años un bretón anticuario me enseñaba una piedra incrustada en el césped en las murallas de Guerande, sobre la cual leí la siguiente inscripción:

HIC. IACET. IOAN. HERMOLAVS. CAPELLVS.  
CIVIS. VENETVS. CVIVS. CORP. TVMVL. ANIM. Q. COELO.  
MANDAV. ARS. INF.  
M. MCC. XVIII.

—¿A ver si entendéis esto, señor parisiense?—me dijo el anticuario.—Probablemente, estaremos de acuerdo hasta llegar á las dos últimas palabras. Pero ¿qué pensáis de estas ARS. INF.?

—Me parece que la crónica popular explica perfectamente todo el epitafio—repuse.—ARS. INF. significa *ars infernal*; es decir: “Aquí reposa Juan Hermolao

Capello, ciudadano de Venecia, cuyo cuerpo fué enviado á la tumba y su alma al Cielo, por los artificios del Infierno."

—Esa es una versión de novelista—repuso el anticuario.—¿Creéis, pues, en el Diablo, en los pactos con espíritus y en esas leyendas propias para hacer dormir á los niños, inventadas por la ignorancia y la superstición durante las vigiliias de los aldeanos? ; Sois un niño grande, señor parisiense! Ese veneciano que vino á morir aquí estaba, sencillamente, envenenado; el médico, al hacer la autopsia, halló rastros del veneno, y por eso pusieron sobre su tumba estas palabras: ARS. INF., que significan *Arsenici infusio*; una infusión de ácido arsénico. Todavía puedo ofrecer otra variante: Juan Capello pudo ser un salinero muerto por cualquier accidente; y como en 1718 dichos salineros eran muy pobres, se habrán grabado esas palabras sobre la piedra para indicar la humildad de su profesión: ARS. INF., es decir *oficio subalterno*.

—Pero como ése no es el sentido que generalmente se da á esas palabras, me atengo á la versión popular—repuse.—Juan subió al Cielo por las mismas artes de Potamogeiton, y aquel hombre que tuvo tres nombres, después de llevar una vida disipada vino á morir como buen cristiano en el Morbihan, bajo el nombre de Hermolao Capello.

FIN

